

X **BOLETIN DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD  
CENTRAL**

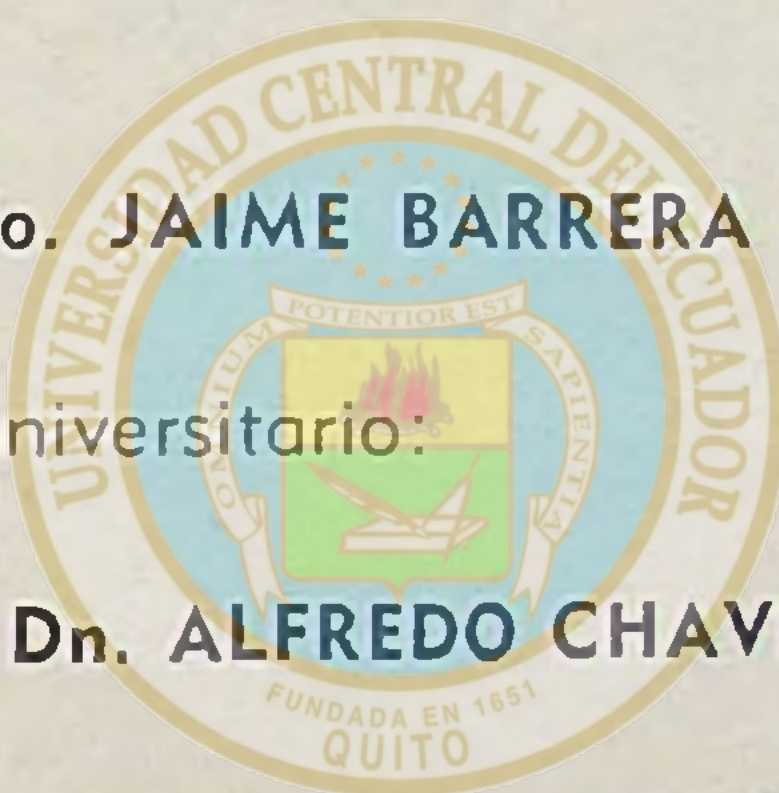
Director:

X

**Lcdo. JAIME BARRERA B.**

Jefe de intercambio universitario:

**Sr. Dn. ALFREDO CHAVES**



**ÁREA HISTÓRICA**  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL



## BIBLIOTECAS Y LIBROS (1)

Una cátedra en el Colegio del Aire tiene mucho de parecido con un acto de ilusionismo. El aire muy difícilmente sostiene algo. Y lo más probable es que las cosas a él confiadas, caigan al suelo por su propio peso. Las palabras, pues, que van al aire, deben ser ligeras y diáfanas para no correr el peligro de estrellarse. Bajo esta norma he elaborado la charla que váis a oír. Y no tengáis cuidado, vosotros, los que en este momento estáis a la vera de un receptor, y que sentís un ligero fastidio porque os han interrumpido un programa musical y os han anunciado una clase. No será una clase ésta. No será la palabra de un maestro. Va a ser solamente una conversación, una «causerie», que procurará ser lo más familiar y lo menos pedagógica posible.

Parecerá extraño que en este momento, mientras estoy actuando en el Colegio del Aire, anuncie la fuga de la pedagogía. Yo se que esto es inconveniente y fuera de práctica. Pero se también que el tema anunciado, «Bibliotecas y Libros», sólo puedo desarrollar a través de mi experiencia personal, en forma de recuerdo íntimo, y como síntesis. Y en esas condiciones, está demás la pedagogía, arte o ciencia de enseñar. Perdonad por ello en medio de vuestro regocijo interior.

Vengo a decir mi entusiasmo. Vengo a hacer la propaganda del libro y, por consiguiente, de las Bibliotecas, como valores esenciales en la vida de los hombres. No es culpa mía si amo tanto los libros. Desde que recuerdo de

---

(1) Palabras leídas en el «Colegio del Aire» del Ministerio de Educación ecuatoriano, el 2 de noviembre de 1939.



mi vida, siempre ha estado el libro junto a mí. Cuando chico, en los primeros años de la escuela, ya entraba en mi bagaje espiritual una pequeña cantidad de libros. Y, a la edad en que mis compañeros estaban todavía en Salgarí y Julio Verne, yo acostumbraba, en unión de algún compañero de iguales tendencias y gustos, a encerrarme en la biblioteca de mi padre, para hacer descubrimientos y viajes maravillosos por los anaqueles atiborrados de volúmenes. Todavía recuerdo el sobresalto que sentí cuando, a los ocho o nueve años, mi padre me sorprendió, tirado en el suelo de la biblioteca, enfrascado en la lectura de «Madame Bovary» de Flaubert. Naturalmente, he tenido que volver a hacer todas esas lecturas de nuevo, para poder comprender los mensajes encerrados en todas esas páginas. No fui un niño prodigio, lo aseguro.

Después, la Biblioteca del Colegio me conoció como su huésped más asiduo. Y los libreros de la ciudad se acostumbraron a mi presencia y, lo que es mejor, me confiaron créditos. El libro había entrado en mí con fuerza, y en él veía y veo, la mejor amistad y la mejor escuela. Desde las paredes de la biblioteca de mi padre, dos máximas impresas advertían al visitante el espíritu familiar. La una decía: «*Le livre charme dans la prospérité*», y la otra: «*Le livre console dans l'infortune*». Estas palabras de glorificación del libro han guiado siempre mis pasos y han hecho, hasta aquí, mi destino. Hoy, la Universidad Central me ha confiado su Biblioteca, y en ella vivo dedicándola todos mis esfuerzos.

Por esta razón, por ser Bibliotecario de la Universidad, he podido acercarme a este micrófono prestigiado por todos los que me han precedido en los años que lleva funcionando el Colegio del Aire. Por esta razón, también, voy a hablar sobre Bibliotecas y Libros.

Y para ello vamos a empezar recordando ciertos conocimientos que todos saben. Biblioteca es una palabra compuesta de dos vocablos griegos: *biblion*, libro y *theke*, armario. Es, pues, un depósito de libros. En donde se los conserva en orden y clasificados, para facilitar su consulta.

Las Bibliotecas existen desde que hubo hombres capaces de escribir y hombres capaces de leer. Es decir, desde que



hubo inquietud espiritual. Egipto, Palestina, Asiria, tuvieron grandes Bibliotecas. Ptolomeo organizó en Alejandría su famoso *Museion*, y prohibió la exportación del papiro para evitar que la ciudad de Pérgamo pudiera reunir una Biblioteca como la suya. El rey de Pérgamo reemplazó el papiro por el pergamino, hecho de pieles de animales, y reunió así 200 mil volúmenes. Grecia, con su culto al espíritu, tuvo bibliotecas oficiales y particulares. Roma, en cambio, que consideraba la guerra como un arte, descuidó la literatura y hasta fines de la República no tuvo bibliotecas. Constantinopla reunió en su biblioteca 100 mil volúmenes, y los moros de Córdoba 400 mil.

No es aventurado asegurar que estas grandes bibliotecas de la antigüedad eran accesibles sólo a pocos iniciados o privilegiados. La ciencia era patrimonio de unos cuantos, y la cultura la hacían sólo ellos.

La Edad Media atesoró pacientemente libros y más libros. En medio de la bruma y alejados del ruido de las armas, los monjes copiaban pergaminos, dibujaban iniciales y formaban bibliotecas en recintos que tenían cerradas las puertas y las ventanas. Toda la cultura de la antigüedad estaba encerrada allí, y sólo cuando los toscos maderos de las primeras imprentas abrieron con estrépito esas puertas y ventanas, pudo conocerla la humanidad y renacer entonces.

La imprenta fué un invento dedicado al libro, y milagroso, por lo mismo, para la humanidad. Con esas prensas inventadas por Lourens Coster de Haarlem y perfeccionadas por Johan Gutenberg de Maguncia, se multiplicaron los libros y se despertaron recónditas inquietudes en los hombres. En un año se agotaron 24 mil copias de los *Colloquia* de Erasmo. Se había hecho ya el Renacimiento, y el mundo iba a completarse definitivamente. El libro estaba en la raíz de todo ello.

Ya sabemos que los descubrimientos y los inventos son instantes de creación en continuo desplazamiento. El uno engendra al otro, hasta formar una cadena sin fin, en que las consecuencias últimas se desligan aparentemente de la causa primera.

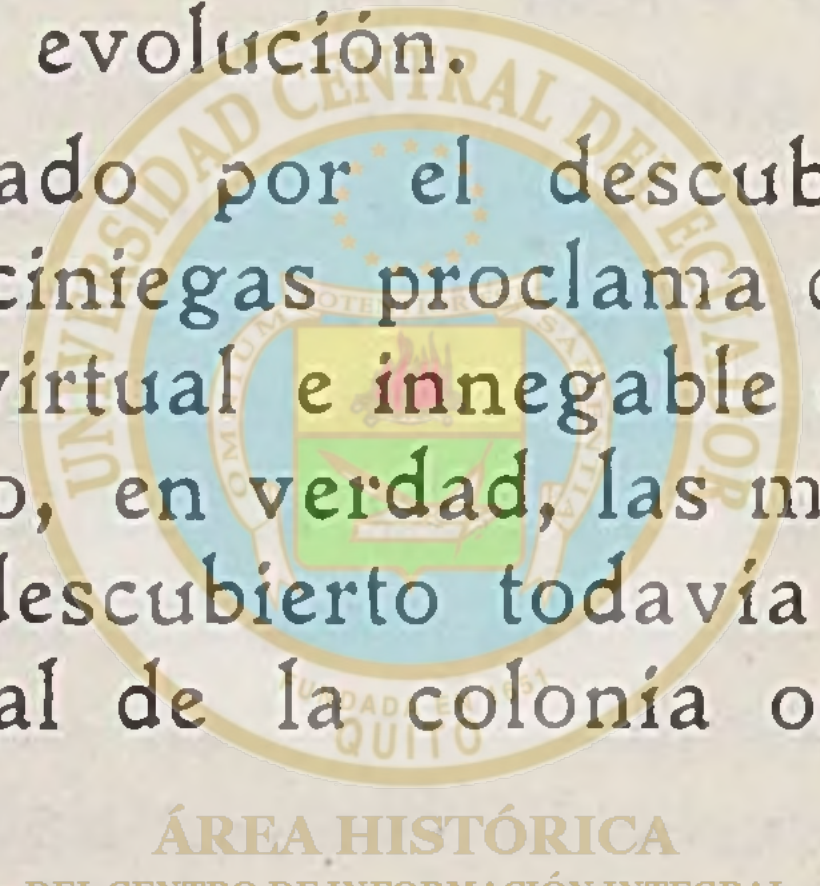
La invención de la imprenta coincidía con el descubrimiento de la antigüedad clásica, y los libros en que se recogían los conocimientos antiguos y las experiencias actuales, llegaban a las manos de un navegante genovés, despertando



también en él ansias y sueños. Luego Raymundo Lulio, estudiando la virtud del imán «de hacer volver la aguja a la Tramontana», inventaba la brújula. Y armado de tales armas, el Quijote del Océano descubría América.

América es el continente nacido de la imprenta. Pero el Nuevo Mundo permaneció ajeno a la revolución espiritual que su nacimiento había causado. La «Utopía» de Tomás Moro, los «Ensayos» de Montaigne, la «Nueva Atlántida» de Bacon, fueron ignorados en América durante mucho tiempo. La legislación de Indias estorbaba la vida del libro en este «continente del séptimo día de la creación». Sólo la firma inquisitorial, lenta y limitada, podía permitir su circulación. Y el mundo que había inspirado a Francisco de Vitoria, profesor de Salamanca, las normas del moderno derecho internacional, se mantenía al margen de todo, retrasando así, considerablemente, su evolución.

El proceso iniciado por el descubrimiento no termina todavía. Germán Arciniegas proclama que no hubo tal descubrimiento, sino un virtual e innegable cubrimiento de América. Se ha explorado, en verdad, las montañas y los valles. Pero no nos hemos descubierto todavía a nosotros mismos. La limitación espiritual de la colonia originó consecuencias que duran todavía.

Es justo, sin embargo, mencionar la labor educativa de las órdenes religiosas, que se preocuparon de fundar colegios, de organizar bibliotecas, de reunir libros. Los fondos más valiosos de la Biblioteca Universitaria están constituidos por una cantidad de libros encuadernados en pergamino, amari-  
lleados por el tiempo, ilustrados con hermosos grabados en acero, y que dicen haber pertenecido a la Universidad de San Gregorio. Son libros que causarían el delirio de cualquier bibliófilo del mundo.

Pero volvamos a seguir la huella del libro en la historia. La imprenta, hemos dicho, puso el libro al alcance del mayor número. El Renacimiento fué su inmediata consecuencia. Sin embargo, todavía seguía siendo la cultura patrimonio de las «elites» y todavía se escribía en un idioma conocido sólo por los iniciados. La Revolución Francesa vendrá pronto a sacudir al mundo, y a poner en movimiento la idea y el sentimiento democráticos. Desaparecen los privilegios, y se escribe la palabra *igualdad* en todos los pórticos.



En el siglo XIX nacen las nuevas teorías educativas y se multiplican las escuelas. Y para completar o substituir la escuela se fundan Bibliotecas de amplias puertas, y se lleva el libro a todas partes. Sólo se contemplan necesidades, sin atender categorías ni reconocer privilegios.

Hoy, los países que quieren ser grandes, fomentan la producción del libro y abren bibliotecas. La biblioteca es el verdadero signo de la democracia, porque con ella se educa a los pueblos, se forman los espíritus y se aproxima el hombre al universo.

Sin embargo, hay que huir de la idolatría del libro. Ya Plinio decía que los pueblos que no han escrito cosas dignas de ser hechas, pueden hacer cosas dignas de ser escritas. El libro no debe contribuir a estancar la acción. No debe engendrar el fanatismo. No debe ser factor de inmovilidad y, por lo mismo, de retroceso. El libro es sólo un medio, el mejor de los medios, para crear inquietudes, para revolucionar espíritus, para adquirir equilibrio. Por eso se encuentra en la base de todo progreso y en la vida de toda cultura.

Bertrand Russell cuenta que a principios del siglo XI, el Papa Silvestre II pasaba como un mago que había hecho pacto con el diablo, debido a su amor a la lectura. Tal respeto y temor inspiraba a la gente el hombre instruido. Y continúa el mismo autor: «El mundo en la actualidad está repleto de grupos furiosos concentrados en sí mismos, todos incapaces de examinar la vida humana en conjunto, todos dispuestos a destruir la civilización antes de ceder una pulgada».

En medio del espectáculo que nos ofrece el mundo de hoy, espectáculo de guerra y de barbarie, es un síntoma revelador el que se hagan hogueras de libros. Destruir un libro es destruir la razón misma, decía Milton, y en Europa hay países que se han dedicado a esta tarea. Por ello el deber de América, su imperativo categórico, es defender la cultura amenazada. Es proteger los libros. Es multiplicar las bibliotecas.

Y entre nosotros, es deber de todos, de los ciudadanos y de las autoridades, iniciar una campaña en favor del libro. Es necesario despertar el amor al libro, en este país tantas veces calificado como país sin libros. Todos los fanatismos, todos los absurdos, todos los prejuicios que obstan la marcha de nuestro trabajo espiritual, de nuestra cultura, desaparece-



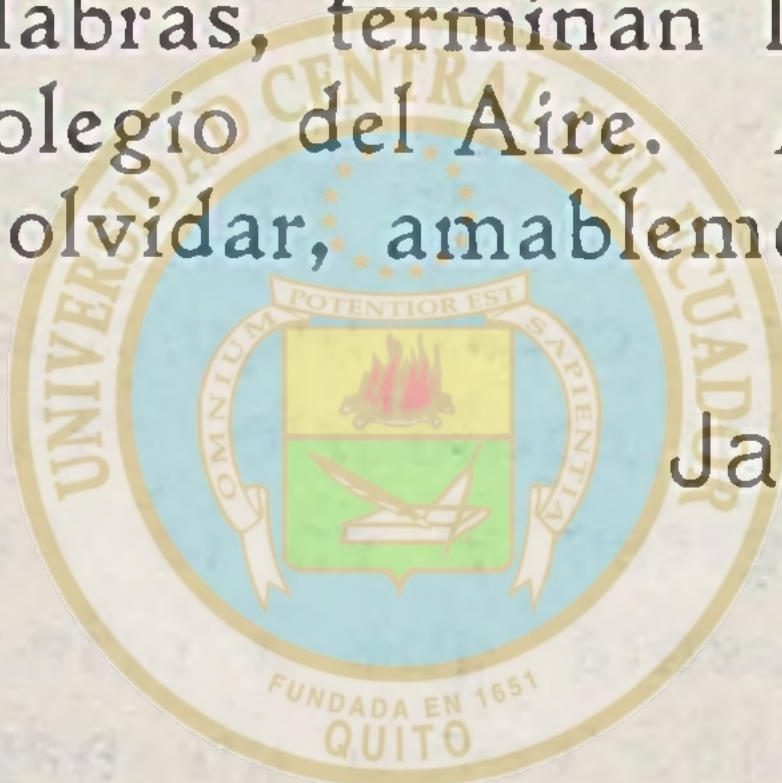
rán cuando los hombres acudan en busca de consejo y de guía a las salas de las bibliotecas.

Sarmiento, el gran estadista argentino, comprendió así el problema, y sembró de bibliotecas la extensión de su país. Bibliotecas y libros, debe ser el grito de combate de quienes se preocupan por la cultura nacional. Bibliotecas y libros, hasta que la luz se haga para el pueblo ecuatoriano.

Hace 500 años un obispo inglés aconsejaba: «Los libros son los maestros que nos instruyen sin palos ni palmetas, sin palabras duras y sin cólera, sin pedir regalos ni dinero. Si os aproximáis a ellos, no duermen; si los interrogáis, nada os ocultan; si los desconocéis, jamás se quejan; si soís ignorantes, no pueden haceros burla».

Y con estas palabras, terminan los minutos que he querido ocupar en el Colegio del Aire. Atended solamente a mi fervor, y procurad olvidar, amablemente, mi poca habilidad oratoria.

Jaime Barrera B.



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL